

PALOMA HERIDA



Pilar Blanco



*Dedicado a mi padre que me ha alentado siempre
a seguir escribiendo.*

Pilar Blanco

*Tal como es tu voluntad son tus actos,
tal como son tus actos, es tu destino,
tal como es tu deseo, es tu voluntad.*

- Escritos Upanishad -

PALOMA HERIDA

Pilar Blanco



Ediciones Albores

PALOMA HERIDA

1ª Edición: Sevilla a 20 de Julio de 2022

©Copyright de la obra: Pilar Blanco

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19385-19-2

Depósito Legal: SE 1415-2022

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.



LA HISTORIA DE UNA MUJER MALTRATADA

Caminaba con la cabeza gacha, con paso lento, como si toda ella no pudiese soportar el leve peso de su delgado cuerpo.

El vacío del desamor le dejó una profunda huella.

Su rostro aniñado y feliz, su refulgente mirada se había tornado lánguida y caída; parecían haber pasado por ella diez años.

Su carácter despreocupado y alegre se tornó tan huraño y triste que huía de la gente.

Habían transcurrido siete meses desde que abandonó al chico de sus sueños, pero en ese tiempo no logró encontrar otra sonrisa tan resplandeciente, el fulgor de sus ojos, los rizos encantadoramente desordenados de su negro pelo y el espléndido y adónico cuerpo. Nadie se asemejaba al Zurdo, al amor de su vida.

Cuando se marchó sin decirle adiós se dirigió hacia Granada, cuna de hippies, aunque solo tenía trato con algunos para trabajar y conseguir una casa donde dormir.

A Sara le costaba poco llevar a cabo sus propósitos. Le ofrecían ayuda aún sin pedirla.

Su radiante belleza y la dulzura de sus gestos y su voz le proporcionaban cubrir sus necesidades.

De su cabeza brotaba una cascada de pelo trigueño que le alcanzaba la cintura; unos enormes ojos de gacela, castaños, tenían un brillo que reflejaba cualquier cosa que se posara frente a ella y unos carnosos labios carmesí le iluminaban todo el rostro. Su figura de sílfide cautivaba a quién le dirigiese la mirada.

1

Nos encerrábamos a trabajar todo el invierno y el primer día de primavera hacíamos una gran fiesta. Después comenzábamos a vender en la plaza de Birrambla hasta que se agotaban las existencias, que solía ser a finales de junio.

Luego subíamos bordeando la costa de fiesta en fiesta. A veces nos desviábamos para pasar algunos festejos.

Primero San Fermín, a continuación, el festival de música Celta en Ortigueira, y por último el Festival de Jazz de San Sebastián y el de cine. En San Sebastián, cuando acabaron las fiestas, nos echaron a manguerazos con agua a presión y tuvimos que subir al primer tren que salía, rumbo a Barcelona.

Yo tenía intención de bajarme en Zaragoza, pero me dormí y cuando hubo parado el tren me despertó un chico en la estación de Sans.

Allí no conocía a nadie, pero el joven que me llamó me dijo que le acompañara a Sant Boi. Él era de allí y conocía a mucha gente que podría dejarme un sitio donde dormir.

Me presentó a un amigo suyo que vivía solo y tenía tres camas. Además, era un buen chico y no me pediría nada a cambio.

Se llamaba Luis y era realmente gentil y amable, como pude comprobar después.

Muchas noches nos reuníamos un grupo grande y ocupando tres coches nos marchábamos a la playa.

Algunos jóvenes llevaban bebida, comida y hachís para fumar.

Así fue como conocí a Silvia.

Me había apartado del grupo, como solía hacer a menudo y me encontraba bajo la luz de la luna

modelando figuras de arena.

Silvia se me acercó.

Nunca había conocido a una hippie y le sorprendió mi forma de vestir. Llevaba puesta una especie de chilaba india de color amarillo y una trenza dorada en la frente con unas sandalias de cuero que me había elaborado yo misma.

Silvia se dirigió a mí.

—Hola, me llamo Silvia, ¿y tú?

—Yo me llamo Sara.

—¿Por qué no te acercas al fuego con los demás?

—Me gusta estar sola, hay demasiada gente para mi gusto.

—No eres de aquí...

—No, soy de Madrid, pero vivo en Granada. De momento.

—¿Y te vas a volver a marchar?

—Dentro de tres días.

—¿Te vuelves otra vez a Granada?

—Sí.

—¿Y cómo vas?

—Quién sabe, en tren o en auto stop.

—Yo quiero ir a Valencia, tengo un hermano allí y me gustaría pasar una temporada con él, pero me da miedo ir sola. ¿Te importaría que fuera contigo?

—No, puedes venir siempre y cuando no hables demasiado ni hagas preguntas.

—Te lo prometo. No preguntaré nada que te pueda hacer sentir incómoda. Nada personal. Y procuraré no hablar demasiado.

Aquella noche se fue a dormir conmigo a casa de Luis.

En una habitación había tres camas. Teníamos que cambiarnos en el cuarto de baño.

Luis dormía en la cama de la izquierda y yo en la derecha, de modo que quedaba libre la del centro. Cuando entramos Silvia se subió de un salto a la cama en la que yo dormía y dijo con un gritito:

—¡Yo duermo aquí!

—Esa es mi cama. —Protesté yo.

—Ahora es la mía.

—De eso nada. Yo llevo durmiendo ahí cinco días; ahora no vas a venir tú a echarme.

—¿Y cómo lo vas a evitar, vas a pegarme?

—No, simplemente me marcharé sin ti.

Silvia se quedó callada y se cambió a la cama del centro.

Al día siguiente, sobre las cuatro de la tarde partimos rumbo al sur.

Tras seis horas de largo viaje haciendo auto stop llegamos a Valencia.

—Bueno, tú has llegado al final de tu trayecto. Aquí nos despedimos —Le espeté.

Espera, mi hermano está aquí haciendo la mili. Iremos al cuartel y preguntaremos por él.

Nos acercamos hasta el cuartel de Ingenieros Zapadores y preguntamos por Ramón.

Estaba de maniobras en un pueblo llamado Manuel, pero un sargento amigo de él nos ofreció su piso para que durmiéramos esa noche.

Ya era tarde, casi anochecido, así que acepté, aunque de mala gana, pues tenía ganas de llegar a Granada y descansar de todo el verano de fiestas.

En realidad no me apetecía hacer auto stop después de haber oscurecido. Descansaría esa noche en Valencia y al día siguiente partiría.

—Verás, me gustaría que conocieras a mi hermano. Es muy simpático. Te gustará. ¿Vendrás mañana a verle? Solo perderás un día, después podrás seguir tu camino.

Acepté a regañadientes, pero ya me daba igual un día más o menos. En realidad, tampoco es que me corriera mucha prisa irme. Podría hacer una parada en el pueblo y marcharme más tarde.

Silvia durmió con el sargento en una de las camas de la habitación doble y yo dormí en la otra cama.

Al día siguiente desayunamos en el piso y salimos a dar una vuelta por Valencia para hacer tiempo hasta que llegara el sargento.

Cuando éste regresó del cuartel se ofreció a llevarnos a Manuel.

Había casi dos horas de trayecto hasta el pueblo; lo primero que hicimos tras apearnos del coche fue esperar a que el sargento llamara al hermano de Silvia y saliera.

Era realmente guapo. Tenía la misma cara de Silvia, pero en hombre. Medía uno noventa y cuatro y su figura era esbelta. Pesaría ochenta y cinco o noventa kilos. Sin embargo, no me sentí atraída por él, aunque reconocía que era espectacular.

Ramón en cambio, se quedó estupefacto al verme. Yo vestía un peto vaquero hasta debajo de las rodillas, una camisa amarillo

limón de seda sintética y un fular de gasa azul eléctrico. En los pies unas espardeñas que me habían regalado en Sant Boi.

En ese momento el general Milán del Bosch no se encontraba en el cuartel; se había marchado con su esposa de fin de semana.

Ramón habló con el brigada Miguel que era íntimo amigo suyo y se había quedado al mando del cuartel.

El brigada salió a vernos y nos dejó entrar. Dejó que comiésemos y nos invitó a bañarnos en la piscina. Ordenó a todos los militares que se hallaban bañándose que salieran del agua.

Silvia y yo nos divertimos durante largo rato; después, cuando salimos nos colocamos la ropa sobre el bikini mojado, ya que todos los soldados estaban pendientes de nosotras.

Por la tarde Ramón, Silvia y un militar apodado “El Feo” y yo nos fuimos andando a Xàtiva, que estaba a unos cuatro o cinco kilómetros de Manuel. Eran las fiestas del pueblo. Cuando llegamos, Ramón nos invitó a comer unas raciones y después de haber descansado nos enseñó el pueblo y nos fuimos los cuatro al baile.

Ya de madrugada regresamos al cuartel haciendo auto stop. Nos emparejamos Ramón y yo, y Silvia con el compañero de litera de éste.

Su amigo tenía una cara realmente extraña, tanto que le decían que él no era feo, sino diferente.

Entramos en el cuartel y desplegué mi saco en el patio, al lado de la cocina. Ramón trajo un par de mantas; una la extendieron en el suelo y con la otra se taparon Silvia y su hermano. El Feo se fue a su litera. Durante el camino que habíamos hecho andando pude comprobar lo simpático y respetuoso que era Ramón. Ni siquiera había hecho amago de intentar besarme o pasarme el brazo por los hombros.

Pensé que si a él no le importaba me gustaría quedarme unos cuantos días más para disfrutar de su compañía distendida y alegre.

Alquilaron un piso entre Ramón y Nicolás, el Feo. Ellos dormían en la habitación de matrimonio y Silvia y yo en una doble.

Por la mañana los dos jóvenes se iban al cuartel y regresaban a la hora de comer.

Nicolás era un tipo gracioso, dicharachero y amable; sin embargo, yo no parecía gustarle demasiado.

Cuando Nicolás y Ramón volvían, yo ya tenía la comida preparada y la casa limpia. Silvia, por el contrario, era una señoritinga que no se ensuciaba las manos. Ya había hecho lo mismo en casa de Luis. O sea, nada.

Desde que se levantaba se dedicaba a acicalarse. Su única ambición era estar guapa.

Pasaron quince días y pensé que había llegado el momento de marcharme. Dispuse mi macuto y lo posé encima de la mesa.

Esperaría a que regresaran Ramón y Nicolás; no quería irme sin despedirme de ellos.

Me daba pena marcharme porque lo había pasado muy bien. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto, y sabía que cuando volviese a Granada volvería también a mi carácter huraño y a mi eterna soledad.

Porque yo me sentía sola, aunque estuviese rodeada de una multitud. Me pasaba incluso en mi casa, con mi familia.

Siempre estaba sola.

Sin embargo, Ramón no me hacía sentir así.

Cuando éste llegó me encontró con la mochila sobre la mesa y sentada en una de las sillas, esperando. Su rostro denotó una gran sorpresa. No esperaba que me fuese tan pronto; además yo le gustaba a rabiar.

El día que me conoció, Ramón le comentó a su hermana que le parecía una princesa sacada de los cuentos de Las Mil y una Noches. Estaba perdidamente loco por su princesa hippie.

Era completamente distinta a todas las chicas que había conocido.

Debía retenerme. Debía conseguir que no me marchara.

Por mi parte, pensaba que Ramón era verdaderamente hermoso. Y simpático. Y respetuoso.

Primero me invitó a quedarme unos días más, pero no cedí, insistí en que era hora de marcharme.

Después casi me suplicó que no le abandonara y me propuso que fuera su pareja.

Me prometió cuidar de mí y tratar de hacerme feliz.

A mí también me gustaba Ramón, pero no estaba enamorada de él. Aun así, acepté su proposición. Pero yo no pensaba en una relación seria. No quería atarme. Estaría solo mientras lo pasara bien con él, después me iría.

Aunque saliera con Ramón seguía enamorada del Zurdo. Pasados unos días Silvia se marchó con el sargento y yo me quedé sola en el dormitorio doble.

Nos quedamos solos Ramón, Nicolás y yo; pero las cosas no cambiaron.

Los chicos continuaron durmiendo en la habitación de matrimonio. Cada vez que salíamos nos dábamos algunos besos y él me pasaba el brazo por encima de los hombros, pero una vez que llegábamos al piso, Ramón procuraba no profesarme cariño.

Nicolás estuvo allí dos meses y medio más, luego se fue a Tenerife, su tierra natal, donde se hallaba toda su familia. Así que sólo quedábamos Ramón y yo. Entonces él comenzó a ser más cariñoso.

Una noche, me desperté entre caricias, sentía el cuerpo de Ramón a mi lado y no me repelió; muy por el contrario, yo también le deseé y por primera vez hicimos el amor y dormimos toda la noche abrazados.

Aún pensaba en el Zurdo. Con él tuve una relación perfecta durante siete meses, hasta que un sábado me dijo que al día siguiente quedaríamos en un sitio que no era el habitual. Pregunté extrañada: —¿por qué no quedamos donde siempre? —a lo que el Zurdo respondió —porque vamos a salir solos Pepe y Dori y nosotros. No vamos con el grupo. Ven mañana a las seis.

El domingo a las seis de la tarde estaba allí como un clavo, pero el Zurdo no apareció.

A las seis treinta llegó Pepe sin Dori, pregunté por ella y Pepe me respondió que Dori y el Zurdo ya llegarían. Me senté de nuevo a esperar, pero pasaba el tiempo y alrededor de las ocho Pepe me dijo:

—El Zurdo no va a venir. —

—¿Por qué lo sabes?, claro que vendrá, se habrá retrasado por algún motivo.

—No vendrá, está con Dori.

—Eso es mentira, el Zurdo no es así, es una persona leal. El no haría eso.

—El Zurdo no es como tú crees. Le tienes en un pedestal, pero es un chico como cualquier otro. No es mejor que los demás. Llevamos aquí más de dos horas esperando mientras ellos se divierten. ¿Por qué no vamos a tomar algo y al menos nos entretenemos?

—No, yo me quedo aquí por si viene.

—No vendrá, ya lo verás.

Y continuamos esperando. A las diez treinta Pepe dijo.

—El Zurdo ya estará acompañando a Dori y luego se irá a su casa; mañana tiene que madrugar para ir a trabajar.

—Es igual, esperaré aquí por si quiere despedirse de mí.

Y seguí esperando hasta las once y media. Después, pese a la insistencia de Pepe me marché para mi casa.

Al día siguiente cuando me reuní con el grupo, el Zurdo llegó a las seis y como cada día lo primero que hizo fue darme un tierno beso, luego saludó a los demás. Me aparté con él del resto y le abordé sin rodeos; inquirí:

—¿Dónde estuviste ayer?

—Me encontraba mal y no salí.

—¿No estuviste con Dori?

—¿Dori? No, yo no sé dónde estuvo Dori.

Cuando dijo esto se puso nervioso. Era evidente que estaba mintiendo y lo capté, pero no dije nada. Aun así, pensé. —Eres un jodido mentiroso y acabas de caerte de tu pedestal.

De repente lo comprendí todo. Pepe y el habían acordado un cambio de parejas; no sabía si Dori formaba parte del complot o también la habían engañado.

Le daría unos días para comprobar si era capaz de decirme la verdad. Si no era así rompería la relación con él.

Cada día iba pensando en interrogarle de nuevo, pero cuando me daba el primer beso, me desmoronaba y volvía a ser la chica enamorada y cariñosa de siempre.

Así un día y otro y otro más, hasta llegar a catorce.

Esa tarde me dirigía a reunirme con mi pandilla, como siempre, e iba pensando que si ese día no se sinceraba conmigo le mandaría

a la mierda por mucho que le quisiese, pero por el camino me dije:
¿para qué preguntarle si me va a mentir otra vez? No merece ni
que le diga adiós. —Di media vuelta y me marché para mi casa.

2

Al cabo de dos meses me quedé embarazada. A Ramón le hacía mucha ilusión ser el padre de mi hijo, a mí también me hacía ilusión ser madre, pero no con él. La vida con Ramón ya no era divertida. Se había convertido en algo monótono y simple. Ramón no era un hombre con el que se pudiera conversar mucho, pues era corto de miras y yo ya estaba cansada de compartir nada más que sexo. Tenía ganas de marcharme y regresar con los hippies. Allí la vida nunca era monótona.

Mientras pensaba en irme cometí el mayor error de mi vida. Me sinceré con él. Le dije que me iba, y ya estaba embarazada de dos meses y medio.

Una mañana me levanté con ganas de comer crema de champiñones. Me dirigí a la nevera, pero no tenía leche. –bueno, –pensé–tengo leche condensada. Y sin dudarlo más hice la crema con leche condensada. Cuando llegó Ramón nos sentamos a la mesa y serví la sopa. Ramón la probó y dijo –que rara está, sabe cómo dulce. Entonces yo me percaté del fallo que había tenido – Anda que despiste, no tenía leche y he echado condensada. –Yo me llevé una cucharada a la boca.

–Buaj, está asquerosa. Yo no la quiero.

–Ahora te la vas a comer.–Espetó Ramón.

–No quiero. No me gusta.

–Cómetela. Tú la has hecho así, de modo que ahora te la comes.

–No, no voy a comérmela. –Me levanté para llevar los platos a la cocina; él también se levantó asestándome un bofetón que me derrumbó haciendo que cayeran los platos y se vertiera todo el contenido por el piso. Cuando estaba en el suelo me propinó una patada en el costado mientras me gritaba –¡Te lo vas a comer quieras o no!

Fue la primera vez que me puso la mano encima.

Ya sólo pensaba en irme de allí, sobre todo ahora que me había pegado, e intuía que no sería la última vez. Ramón terminó el servicio militar y nos marchamos a Barcelona. Concretamente a su pueblo, Sant Boi. Durante el trayecto en tren no se separó de mí

ni un instante. Incluso me acompañaba al servicio y me esperaba en la puerta.

Ramón ya tenía un piso alquilado. Quizás lo hizo cuando le alerté de que pensaba marcharme. Era un sexto y sólo tenía una llave, que por supuesto, guardaba él y que utilizaba cada vez que había que comprar algo o para salir de copas. Pero ahora salía él solo. A mí me dejaba encerrada en el piso y echaba la llave para que no pudiera escapar.

Eran pisos nuevos y la mayoría estaban sin habitar; sobre todo los de arriba, que muchos aún ni siquiera se habían vendido, así que no tenía a quien pedir ayuda. Advertí que Ramón lo tenía todo pensado.

Pasé allí más de tres meses, casi todo el tiempo sola. Ramón o estaba trabajando o estaba de juerga. Pasaba allí el tiempo justo para darse una ducha y echarse una siesta. Con las llaves en el bolsillo.

A veces cuando llegaba de los garitos nocturnos tenía ganas de hacer el amor, pero yo solía estar profundamente dormida y no me apetecía nada que me despertara a las cinco de la mañana para que él se desahogase. Me daba la vuelta para que me dejara en paz; pero Ramón volvía a ponerme boca arriba y, me subía las piernas colocándoselas en los hombros, y empostrándome contra la cabecera de la cama, me violaba salvajemente. Me despertaba por el dolor y lloraba en silencio hasta que él terminada, me daba la espalda y se dormía plácidamente, sin ningún remordimiento.

Entonces me levantaba a buscar las llaves, pero por supuesto, no estaban en el pantalón. Continué buscando por los cacharros del comedor y seguí por los de la cocina, con mucho cuidado de no hacer ruido. Miré en los cajones, bajo los asientos del sofá... Nada. Ya no sabía dónde buscar y empezaba a amanecer; temía que Ramón se despertara, así que me metí en la cama y me hice la dormida. Pasaban los días, y entre violación y violación alguna paliza. No es que tuviera motivos, no le hacían falta; sólo el hecho de venir borracho ya constituía una razón más que suficiente.

Me obligaba a levantarme a las tres de la mañana para que le planchase una camisa en concreto y luego se volvía a marchar.

Tenía muchas otras camisas planchadas, pero se le antojaba precisa—mente esa que estaba arrugada.

Ya me encontraba en el sexto mes de gestación y no dejaba de pensar en escapar de las garras de mi novio.

Ya no podía irme con los hippies, pero iría a casa de mis padres y criaría allí a mi hijo.

Un día que Ramón libró me dijo —vístete y maquíllate un poco que vamos a pasar el día fuera. —

Me llevó a un inmenso parque con un lago lleno de cisnes y un puente de madera con celosías a ambos lados que parecía sacado de un cuento de hadas.

Al otro lado del puente había atracciones de madera repartidas entre los árboles. Un castillo con tobogán, unos troncos móviles, todo delimitado por troncos de árboles y relleno de arena de playa.

Cuando terminó de enseñarme todo el parque, me llevó a comer a un buen restaurante, y después fuimos a ver la película de Grease. Durante la proyección, me besaba cada varios minutos. No parecía el Ramón de siempre, y me preguntaba por qué no podría ser siempre así. En tal caso sería feliz con él y no pensaría en marcharme.

Pero eso no era posible, porque él era el gigante maligno y no me permitiría vivir en paz.

Compramos pizza para cenar, pero aún era pronto y Ramón propuso darnos un baño juntos. Nos bañamos entre arrumacos y jugando a lanzarnos la espuma.

—¿Te apetece hacer el amor? —Asentí encantada.

Ramón se puso de rodillas y yo me di la vuelta dándole la espalda y agarrándome a la bañera.

Como era habitual, las cosas con él nunca terminaban bien.

Me sujetó por las caderas y me dijo: Hoy te la voy a meter por el culo.

Me erguí de repente negándome.

—Estate quieta, eres mía y puedo hacer contigo lo que me apetezca.

—¡No ¡Yo no te pertenezco! Me voy a ir y no volverás a verme nunca más. —Me giré rápidamente encarándome a él.

—No vas a ir a ninguna parte. Te casarás conmigo y te quedarás a mi lado para siempre. —Le asesté una bofetada como respuesta.

—¡No vuelvas a tocarme! —Me gritó mientras me la devolvía.

Me cogió con una de sus enormes manos por el cuello en el baño, pero yo me levanté y me di una ducha para aclararme el gel y lavarme bien el pelo. Ramón intentó someterme, pero me revolví y le di una patada en el costado. Él me agarró por la articulación de la mandíbula y apretó con todas sus fuerzas.

Sentí un terrible dolor y lancé un grito aterrador que debió de escucharse en todo el edificio. Ramón se aferró a mi largo cabello, y obligándome a salir de la bañera me condujo hasta el dormitorio. Me tiró boca abajo sobre el edredón y colocándose de rodillas detrás de mí me levantó por las caderas y me violó analmente con fuertes embestidas que parecían desgarrarme por dentro. Gemía y gritaba, pero no me sirvió de nada.

Cuando Ramón terminó, me levanté a darme una ducha para aclararme y lavarme bien el dolorido ano como para quitarme el asco y el dolor que había pasado. Me vestí con el albornoz y colocándome una toalla en la cabeza, me eché en el sillón a ver el televisor. Aún sentía dolor al sentarme. Ramón, como siempre, se durmió.

Tumbada sobre el sofá, con el pelo mojado, comencé a sentir frío. Me sequé el cabello y poniéndome un pijama de raso negro me tumbé de nuevo encima del sillón y poco a poco me fui quedando dormida.

A la mañana siguiente, Ramón me vio allí acostada, pero ni siquiera me habló y se marchó al trabajo sin decirme que me acostara en la cama. Ni siquiera me dijo adiós.

Me hacía daño sin importarle mi estado y sin embargo presumía de ser un buen novio, que nunca me había pegado, ni hecho ningún tipo de daño.

3

A los seis meses y medio de embarazo, Ramón decidió que me marchara a Madrid para arreglar los papeles de la boda.

Me acompañó a la estación y no se fue hasta que el tren hubo partido.

Entonces pensé —bueno, de momento ya he escapado de las garras del ogro. Ahora me refugiaré en casa de mis padres y criaré allí a mi hijo. —

Cuando llegué a mi casa mi padre estaba echándose la siesta. mi madre me abrió la puerta y me miró a la tripa. Mamá, tengo que hablar con papá. —Me dirigí al dormitorio y me arrodillé a un lado de la cama. Papá...—estaba adormilado y le moví ligeramente por el hombro —papá, tengo que hablar contigo.

—Hija, qué alegría ¿cómo estás?

—De eso quería hablarte, papá. Estoy embarazada.

—Bueno no se va a derrumbar el mundo por eso. Hay muchas chicas que se quedan embarazadas solteras. ¿Quién es el padre? Porque sabrás quien es ¿No?

Es mi novio, papá. Llevamos casi un año juntos.

—Entonces no hay ningún problema; te casas y asunto arreglado.

No me preguntó si quería casarme; simplemente lo decidió.

Yo quería decirle que no, que me pegaba, pero sentí vergüenza. En mi familia, que era bastante extensa nunca se había dado el caso de una mujer maltratada ni de una madre soltera.

Aparte de la vergüenza estaba el honor de mi padre. No quería mancillarlo; era el hombre al que más respetaba y si no me casaba comentarían cosas como—¿Cómo has podido permitir que pase esto?

—Es una vergüenza para nuestro apellido—y más reproches por el estilo.

Así que decidí callarme y cumplir con mi cometido, muy a mi pesar, porque ya sabía la vida que me esperaba.

Si me hubiera sincerado con mi progenitor, seguramente no me habría ordenado que me casara. Pero no tenía el valor necesario para contar la verdad.

Mi padre, Justo, me decía a diario que fuese al juzgado a por mi partida de nacimiento, pero yo me hacía la remolona y me quedaba limpiando con mi madre, María. Fueron pasando los días y ya estaba de siete meses. A continuación nos fuimos de acampada al río Alberche. Estuvimos allí una semana y media. A la vuelta, María se acercó a la iglesia y pidió cita. Se la dieron para el ocho de agosto. Cuando vino a decírmelo me decepcioné gravemente. Pensaba que ya se habrían olvidado un poco del asunto y que a mi madre le gustaba tenerme allí ayudándola. Pero mi padre no cedió y me dijo que al día siguiente fuera a por la partida de nacimiento, sin falta.

Al siguiente día debería ir a por la de bautismo, porque mi madre quería que me casase por la iglesia. Como Dios manda.

Comencé a sentirme oprimida. Me daba cuenta de que no podría escapar de las garras del ogro maligno. No tenía a quién recurrir en busca de ayuda.

Al día siguiente hice lo que mi padre me ordenara, y al otro también. Ya tenía los papeles preparados para casarme y me sentía terriblemente triste. Aprisionada. A partir de entonces comenzaron los preparativos para la boda. Llamaron a mi familia para invitarles, pero la mayoría se encontraba de vacaciones, por lo que no reservaron salón. Éramos sólo diez y siete o diez y ocho los que asistiríamos a la ceremonia.

No hubo vestido de novia. Una tía de mi madre me compró un vestido blanco de raso y bambula de premamá por debajo de las rodillas. Mi madrina me regaló el tocado y los zapatos blancos. El novio solo compró los anillos.

Cuatro días antes de la boda se presentó mi novio. Sabía el teléfono de vérmelo marcar cuando llamaba a mi familia y mi padre debió de darle la dirección. Como no estábamos casados, pese a que estaba embarazada de siete meses y medio, Ramón dormía en casa de la tía de mi madre. El día anterior a la boda, me levanté excesivamente nerviosa; estaba aterrorizada y al mediodía comencé a gritar histérica.

¡NO, POR FAVOR, NO QUIERO CASARME, POR FAVOR, NO ME OBLIGUÉIS A CASARME, POR FAVOR!

Lloraba y gritaba a la vez suplicando para no casarme, pero nadie me escuchó. En vez de eso, de darme la oportunidad de elegir, me asieron, mi madre por un brazo y mi madrina por el otro y me condujeron hasta el sofá.

—Hija, no pasa nada, son los nervios de la boda, pero eso es normal. Cuando llegue el momento se te quitarán.

El mundo se derrumbó sobre mi cabeza. Infinidad de pensamientos negativos perpetraron mi mente. Dolor, violaciones, golpes, insultos, más dolor....

Llegó el gran día. Tuve que levantarme temprano para depilarme y llegar a mi tiempo a la peluquería para que me peinaran y maquillaran. Luego volví a mi casa a vestirme y que me colocasen el tocado; unas flores blancas con unas tiras de raso blanco que bajaban en cascada por mi repeinado cabello. En un momento de distracción de la familia Ramón me cogió del cuello y me empujó hacia el cuarto de baño amenazándome—como digas una sola palabra te juro que te mato. No voy a tolerar otro número como el que montaste ayer. Te vas a casar conmigo y sin rechistar. ¿Entendido?—

Cuando me dejó salir mi madre se me acercó:—Mentí para no descubrir a Ramón, pues en verdad le creía capaz de matarme.

—Hija ¿te encuentras bien? Estás como la cera.

—Es solo un mareo, mamá.

Al momento salió del baño Ramón lanzándome una mirada fulminante.

Nos dirigimos todos a la iglesia; tuvimos que esperar fuera media hora porque dentro estaba casándose otra pareja. Al salir miramos a la novia que vestía un hermoso traje blanco de novia premamá. Tenía tanta tripa como yo, sin embargo, su boda era como la que sueña cualquier muchacha.

Llegamos al altar. No fui capaz de decir bien los votos por lo nerviosa que estaba. Me atasqué en la palabra fidelidad y el párroco lo dio por imposible y por válido. Todo el mundo se reía.

Cuando terminó la ceremonia fuimos a un restaurante y comimos de raciones.

No me sentía feliz. Más bien todo lo contrario. Sabía que en ese momento comenzaba realmente mi verdadero calvario. Era como estar enjaulada con un tigre sabiendo que en cualquier momento te podía atacar.

Tampoco hubo luna de miel, pero casi no me importó, porque con Ramón hubiese sido de hiel más que de miel.

Al día siguiente por la mañana, no marchamos para Barcelona, al piso que Ramón alquiló porque estaba cerca de su trabajo. Los próximos días los dedicamos a mirar muebles, y objetos de decoración.

Desde que nos instalamos en nuestra nueva casa, Ramón comenzó a salir todas las noches otra vez. Una de ellas llegó con una chica de veinte años contándome que la había conocido en un bar y que la encontró llorando y bebiendo porque la había dejado su novio y se quería suicidar.

Yo entonces era muy inocente y le creí; la tuve allí más de una semana como una invitada. Le lavaba la ropa, se la planchaba, le hacía de comer y le ponía el plato en la mesa. No ayudaba en nada y al cabo de los días además me dí cuenta de que no estaba para nada deprimida.

Las horas que libraba Ramón se iban juntos y se la veía contenta. A mí en cambio, me dejaban en casa con el pretexto de lo avanzado de mi embarazo. A los diez días se la llevó una noche y no apareció hasta la hora de darse una ducha y marcharse a trabajar. La joven ya no venía con él. A las tres de la madrugada del día siguiente, con la mosca detrás de la oreja le interpele.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Dando por culo a una puta. Me la follé en el coche y luego nos fuimos de juerga.

—Eres un cerdo.—Me levantó de la cama y le golpeé con los puños en el pecho.—¡Hijo de puta, me voy a largar y te vas a quedar más solo que la una!

Ramón alzó la rodilla y me dio con ella bajo el vientre; una oleada de dolor me recorrió el mismo.

—Ahh. Vas a matar a tu hijo.—El hizo caso omiso a mis palabras. Se acostó y se durmió sin ninguna sensación de culpa. Yo me

tumbé de espaldas a Ramón encogida por el dolor. De nuevo lloraba en silencio.

Si él me escuchaba llorar me pegaría más.

Los días siguientes los dolores continuaron.

Mi hermano Rafa se vino con nosotros a Barcelona, pero yo ya no me encontraba bien. El dolor persistía, cada día con más fuerza. Al cabo de casi una semana las contracciones eran intermitentes, pero cada vez más agudas, aun así continué con mi vida normal, ya que no me tocaba dar a luz hasta veinticuatro días después.

Una mañana salí a comprar con una vecina, Carmen, y a la vuelta comencé a soltar las bolsas y apoyarme encogida sobre los coches aparcados.

—Tú estás de parto—me dijo Carmen—cuando lleguemos le diremos a Manuela que te lleve al tocó—logo.

El tocólogo me introdujo dos dedos en la vagina y vaticinó.

—No estás de parto. Te duele porque el niño se está colocando, pero te faltan al menos quince días. Tienes la tripa muy alta; debes salir a caminar. Nos volvimos a casa más tranquilas, aunque el dolor persistía cada vez con más fuerza.

Me cité con Carmen y Manuela para salir a caminar después de comer. Mientras llegaba la hora de irme con mis vecinas, me dediqué a lavar la ropa a mano en la bañera, ya que no tenía lavadora. Iba caminando con la ropa para tender y me doblé sobre mí misma postrando el barreño en el suelo; pero cuando pasó la contracción continué tendiendo. Al entrar de la terraza volví a agacharme con otra oleada de dolor. Mi hermano Rafa me dijo:

—No salgas a caminar esta tarde o parirás en el campo.

—No, me han dicho que él bebe se está colocando y que tengo que andar mucho.

—Hazme caso; yo trabajo en un hospital y te están dando contracciones cada cinco minutos. Estás a punto de parir.

Rafa llamó a Carmen y ésta a Manuela, que era la que tenía el coche. En el hospital llevaron a cabo otro reconocimiento y me dijeron que aún faltaban dos o tres días, pero como tenían camas de sobra me podía quedar ingresada.

—No hagas caso que tú de hoy no pasas. Voy a llamar a Ramón. Te compraremos una bata y unas zapatillas. Adujo mi hermano.

Como de costumbre, Ramón no estaba en casa; tuvo que buscarle en varios bares, hasta que un compañero suyo le dijo que estaba en el club de la estación. Caminó los dos kilómetros que le separaban de allí y lo encontró. Estaba con una prostituta tomando una copa. Se dirigió a él:

—Tu mujer está a punto de parir y tú aquí de putas. Tío no tienes vergüenza.

Carmen, que se quedó allí haciéndome compañía me dijo:

—Si sientes como si de repente te orinaras llama a la enfermera, porque eso es que has roto aguas.

—¿Y su en realidad me estoy orinando y me creo que he roto aguas?

—Eso no pasará. Cuando rompes aguas el líquido sale de golpe, no a chorro.

—Vale.

Carmen salió de la habitación dejándome sola. Había dejado a sus hijos al cuidado de otra vecina y tenía que regresar a su casa.

A los quince o veinte minutos rompí aguas y el bebé comenzó a empujar. Llamé al timbre de las enfermeras sin parar.

—¿Qué quieres? Vino una jovencita.

—He roto aguas.—Lo dije como con miedo.

—Bueno, como eres primeriza tardará en salir. De todas formas, vamos a la sala de partos para prepararte. Me asieron una enfermera por cada brazo y me llevaron andando.

—Aaah. Aay, está empujando. Se me va a salir. Las contracciones eran seguidas. Sentía la cabeza de la niña y casi no podía andar.

—¿Cómo se te va a salir, te crees que es el hueso de una aceituna? Hay que hacer mucha fuerza para que salga.

Me paraba cada pocos minutos porque el bebé seguía empujando. Tardamos más de veinte minutos de la habitación al paritorio que estaba casi enfrente.

Cuando por fin llegué me rasuraron el pubis, me pusieron el goteo y me colocaron en el potro. Se podía ver la cabeza del bebé.

—¿Por qué no la habéis traído en una camilla? Le está asomando la cabeza. Bien—se dirigió a mí—ahora es cuando tienes que empujar fuerte.

—MMMMM, A AAAHH—Yo empujaba y el bebé también.

—Así, lo estás haciendo muy bien, ya ha salido parte de la cabeza. Sigue así, en cuanto salga la cabeza lo demás sale solo.

—Mmmm, no puedo, el bebé no empuja, mmmmmmm, no tengo fuerzas aaahhh.

¡—¡Vamos, empuja o el niño se asfixiará!

Yo continuaba intentándolo, pero me había quedado sin energía y el niño tampoco empujaba. La cabeza se quedó atascada a la altura de los ojos, y la nariz y la boca se hallaban en la entrada del útero.

La matrona cogió unas tijeras y me hizo un gran corte—aunque con el dolor que tenía solo sentí un pinchazo—en la vagina y el bebé salió sin dificultad. Dos empujones más y estuvo fuera. Me dieron diez y ocho puntos por dentro y otros tantos por fuera. Era una niña muy larga y delgada y tenía la cabeza hundida por dónde se quedó atascada. Le entró líquido amniótico en los ojos y le provocó una inmensa infección que le duró dos meses, sacándole el pus y lavándoselos con desinfectantes y dándole una pomada. A mí se me infectaron los puntos y también me tenía que hacer curas.

—Aún no hemos acabado, dijo la matrona—no has echado la placenta, así que tendrás que volver a empujar.

—Aaaahh, aaaahh.... No puedo, estoy muy cansada.

Una de las enfermeras se colocó sobre mi estómago y con los brazos empezó a apretar hacia abajo. Me hacía mucho daño, pero después de varios minutos la placenta salió.

Cuando me llevaron a mi habitación estaban esperando mi hermano y mi marido. Me habían traído una bata nueva, unas zapatillas, un peluche y bombones. Ramón estaba muy contento y me besaba apasionadamente al tiempo que bromeaba. Parecía el Ramón de los primeros tiempos; el que provocaba mis risas y me trataba con cariño.

Vino una enfermera a lavarme.

—Vaya, a ti te ha tocado la gorda ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—Porque menuda escabechina te ha hecho aquí. Voy a curarle los ojos a la niña. —La cogió en brazos, se la puso sobre las rodillas